

EL SOMBRERO DE TOLON



El sombrero de Tolón

118X162

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

PRINTED IN ARGENTINA

EL SOMBRERO DE TOLON



El señor Tolón era un gnomo bajito y regordete que llevaba grandes gafas, pues era muy miope. Vivía con su anciana tía, la señora Pepona, que lo crió desde que el gnomo tuvo dos años.

La señora Pepona había mimado mucho al señor Tolón. Éste hizo siempre lo que se le antojó y así adquirió muy malos modales. Los habitantes del pueblo le censuraban mucho que nunca se descubriese delante de una señora. Limitábase a inclinar la cabeza y a dar los buenos días. Esto era muy mal visto, aunque nadie se atrevía a decírselo, porque el señor Tolón tenía muy mal genio.

Un día llegó al pueblo un personaje importante. Era una dama muy bella y graciosa. Cuando los habitantes del pueblo la encontraban por la calle, se descubrían haciéndole luego una respetuosa reverencia, pues consideraban un grande honor que hubiese ido a pasar unos días en el pueblo.

El señor Tolón no llegó a ver siquiera a la dama pero, al fin, una mañana, cuando salía de casa del panadero, estuvo a punto de tropezar con ella.



EL SEÑOR TOLÓN SE MIRÓ AL ESPEJO

Se hizo a un lado para dejar el paso libre y luego inclinó la cabeza a guisa de saludo. Pero como no se descubrió, la dama se enojó al observar aquella descortesía.

“¡Qué grosero!—pensó.—¿Se habrá propuesto, acaso, demostrarme su antipatía?”

Ello la molestó tanto que, incluso, se quejó al alcalde del pueblo de la actitud de Tolón. El alcalde lamentó muchísimo oír aquella queja de uno de sus conciudadanos y prometió dar una satisfacción a la dama.

El alcalde convocó una reunión y después de discutirse el asunto, no hallaron otra línea de conducta que ir al encuentro del señor Tolón para darle cuenta de la grosería que cometiera. Pero nadie se atrevía a encargarse de tal mensaje, pues conocían el mal genio del gnomo.

—Ya sé lo que haremos—exclamó Chuchito, que era el gnomo más pequeño de todos los allí reunidos.—Vayamos en busca del Brujo de la Colina Ventosa para que nos proporcione un sombrero encantado capaz de levantarse por sí mismo cuantas veces el señor Tolón encuentre a una señora. De este modo habrá de ser cortés por fuerza.

Tal idea pareció muy bien a todos y, en efecto, se apresuraron a pedir al brujo un sombrero de aquellas condiciones. Poco tardaron en recibirlo y aunque les costó diez monedas de plata, las pagaron a gusto, pues el sombrero, además, era muy bonito.

Era de color rojo y tenía la copa muy alta. Se adornaba con una cinta amarilla y una gran pluma azul. Realmente era un sombrero magnífico.

—Lo meteremos de nuevo en la sombrerera para mandárselo por correo al señor Tolón—dijeron los gnomos.—No le indicaremos de dónde procede y así creará que es un regalo.

Muy sorprendido se quedó el gnomo cuando, a la mañana siguiente, le entregó el cartero un paquete voluminoso, pero mayor fué su sorpresa todavía al ver que contenía tan bonito sombrero. Buscó en la caja alguna indicación de su procedencia, pero no pudo encontrarla. Luego se puso el sombrero y se miró al espejo.

—¡Qué bien me sienta!—exclamó.—Parece que lo hayan hecho a mi medida. ¡Cuánto van a envidiarme! Voy a estrenarlo ahora mismo.

Salió de paseo luciendo el sombrero, en extremo satisfecho de sí mismo. Todos los gnomos lo vieron y, disimuladamente, se guiñaron el ojo al ver que el sombrero encantado había ido a parar a manos del señor Tolón.

Al poco rato éste encontró a la tía Milona, que iba

de compras. Incluyó la cabeza y le dió los buenos días, pero, en aquel instante, se le cayó el sombrero al suelo. En cuanto lo tocó, le salieron un par de piernecitas y echó a correr.

—¡Caramba!—exclamó el señor Tolón, muy asombrado.—Debe de hacer mucho viento.

A causa de su miopía no pudo ver las piernecitas que le habían salido al sombrero y se figuró que lo impulsaba el viento. Echó a correr tras él, jadeando y resoplado y, mientras tanto, los gnomos, que contemplaban el espectáculo, se reían hasta saltárseles las lágrimas.

Por último, el señor Tolón pudo coger el sombrero y se lo encasquetó con firmeza. Desaparecieron las patitas y el sombrero se condujo como otro cualquiera hasta el momento en que el señor Tolón encontró a la señora Gorro Azul y a sus dos hijas.

En cuanto estuvieron cerca, el sombrero saltó de nuevo al suelo y echó a correr otra vez. El señor Tolón quedó muy sorprendido y contrariado.

—¡Maldito viento!—jadeó.—Y es raro, porque yo me figuraba que esta mañana no había siquiera la más leve brisa.

Aquella vez el sombrero le obligó a dar una buena carrera y los gnomos se rieron de tal modo, que llegaron a sentir un pinchazo en el costado. Por fin el señor Tolón alcanzó su sombrero, le quitó el polvo y se lo encasquetó de nuevo.

Apenas lo había hecho, cuando volvió a encontrar a la prima de la Reina. Y el sombrero volvió a caer al suelo.

—¡Esto es extraordinario! — murmuró para sí el se-



SE AGARRÓ EL SOMBRERO

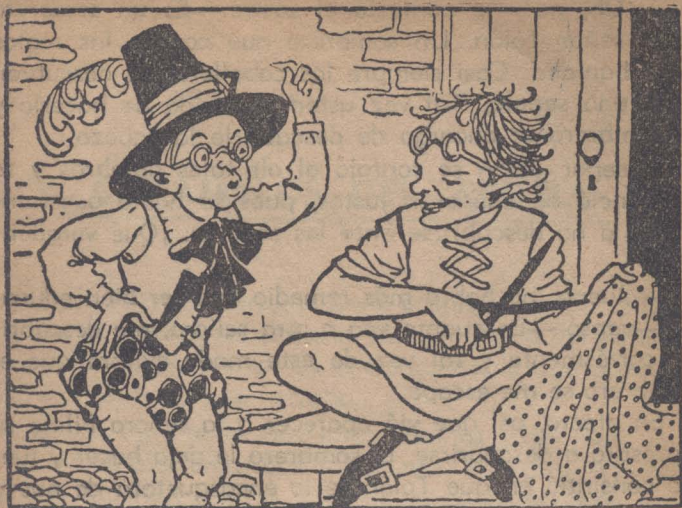
ñor Tolón. — ¡Pues no está poco juguetón el viento esta mañana!

En breve circuló por todo el pueblo la noticia de que el sombrero encantado del señor Tolón le daba muy pesadas bromas. Todos los chiquillos fueron a contemplar el espectáculo, y las muchachas se divertieron en salir a cada paso al encuentro de Tolón.

El gnomo no podía adivinar la causa de que su sombrero se cayese con tanta frecuencia. Se acaloró y fatigó sobremanera, persiguiéndolo, y no se resolvió a abandonarlo, porque era muy elegante.

Por último, se fijó en el detalle de que su sombrero se caía al suelo cada vez que se encontraba una señora.

—Eso es muy curioso—pensó,—pero en cuanto apa-



—NO SÉ QUÉ LE PASA A MI SOMBRERO — DIJO
EL SEÑOR TOLÓN

rezca otra mujer, lo retendré con fuerza sobre mi cabeza.

En aquel momento encontró a Susanita Traviesa y se apresuró a sujetar el sombrero, pero no le sirvió de nada, porque, a pesar de todo, rodó al suelo y le torció la mano de tal modo, que Tolón profirió un grito de dolor. De nuevo asomaron las patitas del sombrero y echó a correr calle abajo, perseguido por el gnomo.

En cuanto éste lo alcanzó, vió que se hallaba ante la tienda del sastre del pueblo y entró en ella para decirle:

—No sé lo que le pasa a mi sombrero. En cuanto ve a una mujer, salta al suelo. Quizá tiene miedo de las señoras. Sí, será eso.

—¡Oh, no!—le contestó el sastre.—Es un sombrero raro, señor Tolón. Un sombrero que conoce las reglas de urbanidad. Casi siempre los caballeros se descubren ante una señora. Tal vez usted se olvida de hacerlo y el sombrero se encarga de descubrirle la cabeza.

El señor Tolón se sonrojó al oír tales palabras y se convenció de que eran justas, pues se había acostumbrado a no descubrirse ante las señoras. ¡Qué vergüenza!

—Bueno, no habrá más remedio que ser bien educado—pensó.—En cuanto vea a otra señora, me descubriré cortésmente y tal vez de este modo evitaré que el sombrero se me escape.

En efecto, así que vió aparecer a la señora Filina se apresuró a descubrirse. El sombrero le dejó hacer y luego consintió en que Tolón se lo encasquetara de nuevo en su cabeza.

—Bueno, ya veo lo que es eso—pensó el señor Tolón.—Es evidente que mis modales no eran muy buenos y cuando no me conduzco cortésmente, el sombrero se encarga de corregirme.

En adelante, el pequeño gnomo no se descuidó más de descubrirse ante las señoras; de tal manera, que ya ha adquirido la fama de ser en extremo cortés. Por otra parte, si alguna vez se olvidase de saludar debidamente a una dama, no hay duda de que el sombrero se lo recordaría. Pero él tiene muy buen cuidado de que no ocurra tal cosa.

LOS CARAMELOS DEL ABUELO PIM

La tía Pim vivía en una linda casita hecha en el tronco de un peral, precisamente delante de la ventana del cuarto de los juguetes. En el tronco había una puertecilla que se abría y se cerraba.

La tía Pim tenía dos hijos, Guiños y Deditos. Ambos tenían alas amarillas y eran muy buenos y bien educados. Querían mucho a su mamá y en segundo lugar a su abuelo Pim, un duendecillo ya anciano, que vivía en un roble situado en el extremo del jardín.

Cuantas veces el abuelo Pim iba a visitarlos, esperaba encontrar sobre la mesa un plato de caramelos de menta. Solía ir los miércoles y los sábados y aquellos días, la tía Pim procuraba adquirir una gran bolsa de caramelos de menta, que compraba en la confitería de Colás, donde los hacían muy buenos.

Un miércoles, la tía Pim envió a sus hijos a casa del confitero para que, según costumbre, comprasen los caramelos de menta. Así lo hicieron y se volvían a casa, cuando los interpeló un duendecillo de alguna edad y muy corpulento.

—¿Qué lleváis en esa bolsa?—preguntó.

—Caramelos de menta—contestó Deditos.

—Dadme uno—dijo aquel duendecillo.

—¡De ninguna manera! — dijo Guiños. — Son para el abuelo Pim.

—¡Ah! ¿Para ese tío bruto?—contestó el duendecillo. —Ayer me dió un bofetón cuando pasaba por delante de su casa, solamente porque le enseñé la lengua. Dadme estos caramelos. Hoy no va a probar ninguno.

El malvado duendecillo, les arrancó la bolsa de caramelos y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció de su vista.

Guiños y Deditos se quedaron mirándose muy disgustados. Luego echaron a correr hacia su casa, y, llorando de rabia, contaron a su madre lo sucedido.

—Bueno, no importa. No lloréis—dijo la tía Pim.— Ahí tenéis dos reales más. Comprad otra bolsa.

Mas, por desgracia, cuando Guiños y Deditos llegaron a la confitería, vieron que la tienda estaba cerrada.

—Hoy es el día en el cual cierran todos los establecimientos por la tarde—dijo Guiños desalentado.—¿Qué haremos, Dios mío?

Regresaron a su casa y la tía Pim se disgustó mucho.

—No puedo imaginarme siquiera lo que dirá vuestro abuelito al ver que no hay caramelos de menta—exclamó.—Mucho me temo que se encolerice y que no quiera llevaros el sábado a la recepción de la Reina.

—¡Oh, mamá!—gimieron los niños, muy apesadumbrados.—¿Qué haremos?

Permanecieron sentados largo rato y luego Guiños se puso en pie de un salto.

—¡Ya lo sé! En el cuarto de juego de esos niños hay una confitería de juguete. A veces, mirando por la ventana, desde la rama de nuestro peral, he podido ver que en la casa viven un niño y una niña, y aun tuve ocasión de ver un día cómo jugaban con esa confitería. Vigilaremos para esperar el momento en que los niños se



—¿QUÉ LLEVÁIS EN ESA BOLSA? — PREGUNTÓ.
EL DUENDECILLO

vayan a comer y entonces iremos a rogar al tendero que nos venda unos caramelos de menta.

—Podéis probarlo —dijo su madre. — Pero no creo que tenga caramelos de menta. Lo más probable es que sean fingidos.

Guiños y Deditos salieron de su casita del tronco del árbol y se encaramaron a la rama que oscilaba frente a la ventana del cuarto de juego.

Un instante después habían saltado al antepecho de aquélla y penetraron en el cuarto de juego.

La confitería de juguete, estaba en el suelo. Los niños habían jugado con ella y la dejaron para ir a comer. Los duendecillos se aproximaron a ella y vieron que era un establecimiento muy bien provisto.

Había numerosas filas de botellitas, cada una de ellas con un jarabe distinto. Vieron, asimismo, paquetes de

chocolate muy pequeños, platos de bombones y otras cosas semejantes, pero todo ello real y verdadero aunque, naturalmente, de tamaño muy pequeño.

Detrás del mostrador había un tendero de madera y cartón que estaba inmóvil y que ni siquiera parpadeaba. Pero cuando Guiños y Deditos le dirigieron la palabra, dió un salto.

—¡Caramba!—exclamó. ¿Quiénes sois?

—Guiños y Deditos — contestó el primero. — ¿Puede usted vendernos algunos caramelos?

—No sé — contestó, apurado, aquel hombrecillo. — ¿Creéis que puedo hacerlo? Como ya sabéis, no me pertenece esta confitería. Es de Pedro y de Margarita.

—Como es natural, estamos dispuestos a pagar los caramelos. A Pedro y a Margarita no les importará. Además, ¿de qué sirve tener una tienda si no se vende nada?

—Muy bien—dijo el pequeño tendero muy excitado. —¿Qué queréis?

—¿Tiene usted caramelos de menta? — preguntó Deditos.

—Sí—contestó el tendero, después de examinar los botes que había a su alrededor.—Mirad. Ahí tengo un bote lleno.—Y lo señaló con la mano.

—Pues haga el favor de vendernos cincuenta céntimos—dijo Guiños, dejando el dinero sobre el mostrador, unas moneditas de color pardo, como las usan los duendecillos.

El tendero pesó los caramelos en sus pequeñas balanzas, tomó una bolsa de papel y los metió en ella. Cerró luego la bolsa y la entregó a sus pequeños clientes.

—Ahí va—dijo sonriendo.—No sabéis lo que me ale-



DEDITOS VACIÓ LA BOLSA EN LA TAZA AZUL QUE
HABÍA SOBRE LA MESA

gro de vender algo. Hasta ahora no había hecho más que fingirlo. Pero estos caramelos os gustarán mucho.

—Son para el abuelo Pim—dijo Guiños.

Luego éste y su hermano salieron corriendo, en tanto que el pequeño tendero se quedaba sonrojado de placer.

Llegaron a su casa cuando ya el abuelo Pim estaba sentado ante la mesa. Miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde están mis caramelos de menta? ¿Os habéis olvidado de comprarlos?

—No, abuelito Pim. Están aquí—exclamó Deditos, derramando los caramelos de menta sobre el cuenco azul que había sobre la mesa.

—No parecen los mismos—dijo el abuelo Pim tomando uno y llevándoselo a la boca.—Son diferentes—añadió—pero no hay duda de que son exquisitos. Me gustan mucho.

Entonces Guiños y Deditos le refirieron que aquel duendecillo malvado les quitó la primera bolsa de caramelos que compraron y que luego tuvieron que ir a adquirirlos a la tienda de juguetes, propiedad de los niños vecinos.

—Os agradezco mucho—contestó el abuelo—que os hayáis tomado tantas molestias por mí. Os llevaré, desde luego, a la recepción que da la Reina el sábado y, además, os compraré un traje a cada uno, para que estéis guapos.

Guiños y Deditos se alegraron mucho al oír tales palabras. Dieron un abrazo a su abuelo y luego se comieron un caramelo cada uno.

¡Que asombrados se quedaron Pedro y Margarita

cuando, después de comer, fueron a jugar de nuevo con la confitería!

—Casi han desaparecido todos los caramelos de menta. ¿Qué habrá sido de ellos?—exclamó la niña.

—Quizás los habrá comprado alguien—le contestó Pedro echándose a reír.

—Pues, mira, esto es, precisamente, lo que ha sucedido — dijo la niña señalando las cinco moneditas de cobre que los duendecillos dejaron sobre el mostrador.

—¡Caramba! — exclamó Pedro recogiénolas para examinarlas. — Sin duda, Margarita, vinieron las hadas a comprar nuestros caramelos de menta y este tendero de juguete les habrá vendido y pesado los caramelos.

Miraron al muñeco y éste les devolvió la mirada.

—Eres un tendero excelente y has hecho muy bien al vender los caramelos a las hadas.

—¡Acaba de hacerme un guiño!—dijo Pedrito.—Lo he visto perfectamente. Vamos a llamar a la señorita institutriz a ver si también le guiña el ojo.

Así lo hicieron, pero el tendero permaneció inmóvil y no quiso volver a hacer un guiño.

—No lo creo—dijo la institutriz.—Eso es imposible.

—Pues tenga la seguridad de que es cierto—dijeron Pedro y Margarita.

Y, en efecto, así había ocurrido.

SILLAS PARA ELFOS

Guillermo, Margarita y Juanita estaban muy ocupados. La última recibió como regalo, para su santo, una hermosa casa de muñecas, pero estaba completamente vacía. Ni siquiera contenía un mal taburete.

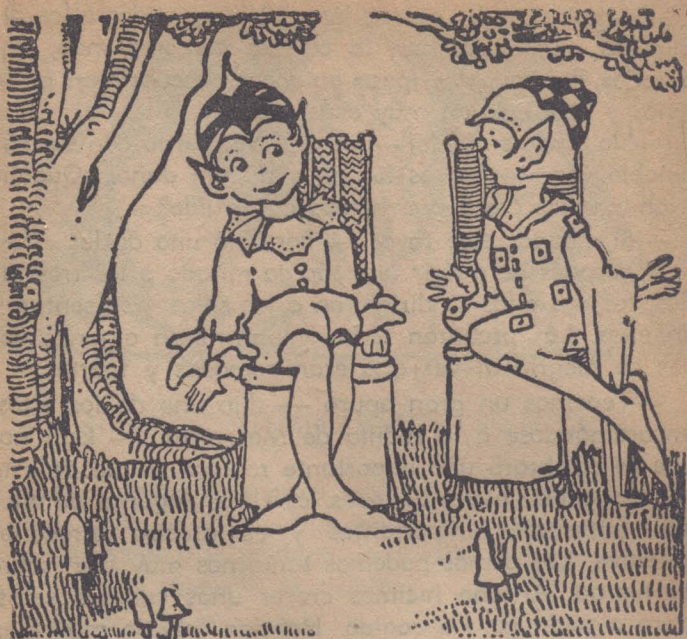
—Es preciso amueblarla — dijo la institutriz. — Yo haré las cortinas y vosotros encargaos de construir los muebles.

—¿Cómo podremos hacer mesas y sillas?—preguntó Margarita.

—Fácilmente — contestó la institutriz. Luego les enseñó cómo habían de hacerlo. Tomó un corcho y le clavó cuatro alfileres a guisa de patas y otros tres, uno al lado del otro, como respaldo. Luego tomó un poco de lana y entrelazó los hilos con los alfileres, de modo que formaba un dibujo muy bonito y, además, daba el aspecto de una silla verdadera.

—Para hacer una mesa, poned cuatro patas a una tablita — dijo luego. — Los taburetes se hacen con corchos y alfileres. Ahí tenéis tapones de corcho, alfileres y lana de diferentes colores. Con todo eso, podréis hacer muy bonitos muebles.

Los niños empezaron a trabajar y se divirtieron mucho. Margarita hizo tres sillas con respaldo y dos bonitos sillones. Juanita cuatro sillas con respaldo y tres sillones, y Guillermo tres mesas y siete taburetes. La institutriz se encargó de las cortinas y en cuanto las hubo terminado dijo a los niños:



LOS DOS ELFOS OCUPARON LAS SILLAS

—Ahora vale más que lo recojáis todo, porque ya es hora de merendar.

Los niños habían estado trabajando en el jardín, a la sombra de un gran roble. En cuanto se hubo marchado la institutriz, empezaron a recogerlo todo. Pusieron los muebles en fila y luego reunieron los corchos y los alfileres sobrantes.

De pronto, Juanita dió un grito de asombro y señaló a la larga hierba que crecía detrás del roble. Los demás miraron en aquella dirección.

¡Qué asombrados se quedaron! Vieron a dos elfos diminutos, que asomaban la cabeza contemplando, admirados, los muebles, pero entonces descubrieron a los niños y se quedaron muy asustados.

—No tengáis miedo — les dijo Margarita con su más amable voz. — No os haremos ningún daño. ¿Queréis examinar las cosas que hemos construído?

—Sí, haznos este favor — contestó uno de los elfos.

Y después de dirigir una rápida mirada a los tres niños, los dos elfos se dirigieron a las sillas y se sentaron en ellas. Las probaron todas y profirieron algunas voces de alegría al ver que eran cómodas y fuertes.

—Tenemos un gran apuro — dijo uno de los elfos, encaramándose a la rodilla de Margarita. — Esta noche se celebrará una importante reunión al pie de este roble y a ella asistirán todos los elfos. Algunos de ellos son personajes importantes y es preciso ofrecerles asientos. Los demás podemos sentarnos muy bien sobre la hierba. Anoche hicimos crecer unas cuantas setas, pero alguien las ha cogido. Habrían servido muy bien de asientos para los elfos.

—¡Dios mío! — exclamó Guillermo, sonrojándose. — Las he cogido yo. Eran muy bonitas. Perdóname. No se me ocurrió que pudieran servir de asiento.

—¿Querías hacernos el favor de prestarnos estas sillas? — preguntó el primer elfo, acariciando la mano de Margarita. — Las trataríamos con mucho cuidado para devolvéros las mañana.

—Con mucho gusto — contestó la niña.

Los dos elfos dieron un grito de alegría y en aquel momento llamó la institutriz.

—¿Venís, niños? La merienda está preparada.

—Ahora hemos de dejaros — dijo Margarita a los



LOS NIÑOS CONTEMPLABAN EL ESPECTÁCULO

elfos. — Pero todos estos asientos se quedarán en el jardín, para vosotros. ¿Nos permitiréis que esta noche nos asomemos a la ventana de nuestro cuarto, para veros mientras celebráis la reunión?

—No hay inconveniente, pero no lo digáis a nadie. Los niños se marcharon muy excitados.

—Es una lástima que esas sillas no tengan almohadones. Serían mucho más cómodas—observó Juanita.

—Es una suerte que hiciésemos tantas — dijo Guillermo. — ¡Cuánto deseo que llegue la noche! Será muy bonito ver a los elfos reunidos.

Aquella noche, en cuanto hubo salido la luna y el jardín quedó casi tan alumbrado como si fuese de día, los tres niños saltaron de sus camas y fueron a mirar por la ventana.

—¡Ahí están! — exclamó Juanita. — Mirad, se han sentado al pie del roble, en nuestras sillas y sillones. ¡Oh, también usan las mesas que hizo Guillermo! Y tienen

unos tinteros y unas plumas muy pequeñitos. Es maravilloso.

Los niños continuaron largo rato contemplando el espectáculo. Vieron que uno de los elfos se ponía en pie y pronunciaba un discurso. Luego habló otro. Un elfo se ocupaba activamente en escribir algo y después de un buen rato, se disolvió la reunión. Los elfos más importantes abandonaron las sillas y sillones de corcho, subieron a unos carruajes diminutos, que los aguardaban, y se marcharon. Aquellos carruajes, por extraño caso, eran arrastrados por tijeretas.

Por último, la luna se ocultó, dejando el jardín a oscuras. Los niños se acostaron nuevamente y se durmieron. A la mañana siguiente, al recordar lo ocurrido la noche anterior, se apresuraron a vestirse y a salir al jardín.

Encontraron las sillas y sillones donde los dejaran. Estaban muy limpios y además observaron que todas las sillas tenían almohadones y las mesas unos lindísimos tapetes.

—Sin duda los hicieron los elfos — exclamó Margarita, entusiasmada. — Ya me lo había parecido. ¡Qué buen efecto harán esos muebles en nuestra casa de muñecas!

En efecto, los pusieron allí y en cuanto la institutriz los vió, se quedó entusiasmada. Preguntó quién había hecho aquellos tapetes y almohadones, pero no quiso creer la información de los niños, de que habían sido los elfos.

Y, a partir de entonces, algunas mañanas los niños pueden observar en las sillas, señales recientes de que las han utilizado de nuevo. Y eso les complace en gran manera.

ROBERTO Y EL FANTOCHE MALVADO

Roberto recibió el día de su santo un magnífico regalo. Consistía en un aeroplano de juguete, de color amarillo y azul, y provisto de dos lamparitas que se encendían al volar.

—¿Cómo funciona? — preguntó el niño a su padre.

—Mira, es preciso que des varias vueltas a este pedazo de goma elástica, hasta que ya no puedas más. Hecho esto, lanza el aeroplano al aire y volará.

—No lo hagas dentro de la casa—dijo su madre—porque podrías romper algo. Llévatelo a la colina. Allí tienes espacio suficiente para ello.

El niño obedeció y, después de haber dado muchas vueltas al pedazo de goma elástica, según le enseñara su padre, arrojó el aeroplano al aire. Salió volando como un pájaro y cayó a cosa de veinte metros de distancia. El niño estaba encantado. Aquel aeroplano volaba verdaderamente.

Así se divirtió por espacio de media hora. Luego arrojó largo rato la goma elástica, porque quería que el aparato diese un vuelo muy largo, casi hasta la cima de la colina.

Por fin lo soltó. El aparato salió disparado al aire y desapareció detrás de una mata. El niño salió corriendo para recobrarlo.

De momento no lo encontró, pero cuando pudo verlo tuvo una sorpresa extraordinaria. A su lado, y en

pie, vió a tres gnomos. Ninguno de ellos tenía siquiera la estatura de un tallo de hierba y hablaban entre sí con la mayor vehemencia. Mientras Roberto los observaba, vió que uno de los gnomos subía al aeroplano y que los otros empezaban a dar cuerda al aparato.

—¡Eh! ¿Qué vais a hacer con mi aeroplano? ¿Adónde queréis ir?

Los tres hombrecillos dieron un salto de sorpresa y miraron a su alrededor. Luego avanzó uno de ellos e hizo una reverencia.

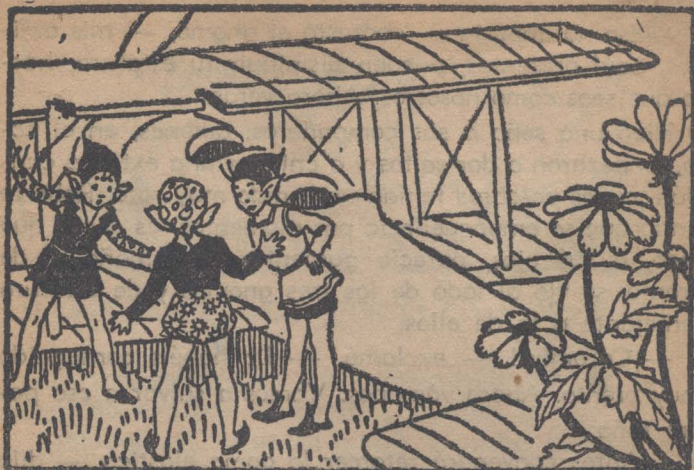
—Ignorábamos que fuese tuyo — dijo con voz parecida a la de un pájaro. — Cayó el aparato a nuestros pies y como, precisamente, necesitábamos algo por el estilo, para hacer un viaje, creímos que podríamos utilizarlo.

—¿Y para qué queréis un aeroplano? — preguntó Roberto muy extrañado.

—Es una larga historia — replicó uno de los gnomos. — Tengo una hijita, llamada Caralinda, y esta mañana, cuando estaba sola en mi casita, se presentó, de pronto, el viejo Bárbaro, es decir, el Fantoche Salvaje...

—¿El Fantoche Salvaje? — exclamó Roberto muy asombrado. — ¿Qué es eso?

—¡Oh! Es un fantoche que se escapó del cuarto de los juguetes de unos niños, y se ha convertido en un salvaje — dijo un gnomo. — Vive en el pueblo de los juguetes, que está bastante lejos de aquí. Pues bien; como decía, vino Bárbaro, vió en mi casita a mi pequeña Caralinda y la raptó. No tengo duda de que quiere casarse con ella. Por esta razón, mis amigos y yo queremos ver si nos es posible salvarla.



AL LADO DEL AEROPLANO HABÍA TRES GNOMOS

—¿Y para eso necesitáis mi aeroplano? — preguntó Roberto.

—Sí — replicó el gnomo. — Ten en cuenta de que si conseguimos salvar a Caralinda, antes de que el Fantoché Salvaje se haya casado con ella, podrá volver a nuestro lado a vivir con los gnomos; pero si el Fantoché se casa con ella antes de nuestra llegada, mi hija habrá de vivir siempre más en el País de los Juguetes, de modo que será muy desgraciada.

—Bien, no hay inconveniente en que hagáis uso de mi aeroplano — dijo el niño, — pero ¡cuánto me gustaría acompañaros!

—¿Y por qué no vienes con nosotros? — preguntó el gnomo.

—¿Cómo? — replicó Roberto. — Soy demasiado grande para meterme en un aeroplano de juguete.

—Eso no importa — contestó el gnomo, — mis amigos, aquí presentes, pueden disminuir tu estatura, hasta que seas como nosotros. Ahora verás.

Hizo una seña a sus compañeros, quienes, en el acto, empezaron a dar saltos y a entonar una extraña canción, cuyas palabras tenían un sonido muy raro. Roberto sintió que se empequeñecía por momentos, es decir, que todo, a sus ojos, parecía aumentar de tamaño y, de pronto, se vió al lado de los tres gnomos y de estatura semejante a la de ellos.

—¡Caramba! — exclamó. — Lo habéis conseguido muy pronto. Ahora vámonos. Vamos a salvar a esa pobre niña.

—Antes convendrá retorcer la goma elástica — dijo el primer gnomo, que se llamaba Ho.

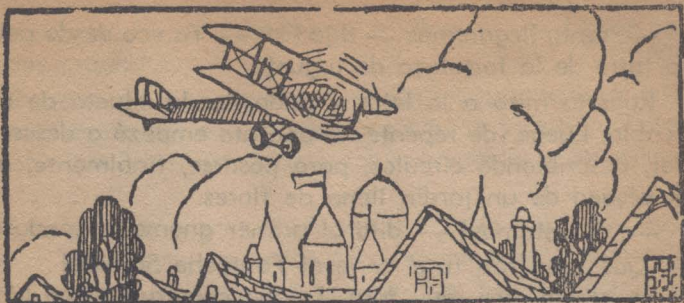
Los cuatro dieron vueltas a la polea, hasta que la goma elástica quedó bien retorcida. Luego ocuparon los asientos. El aeroplano se elevó zumbando por el aire, de modo que Roberto tuvo que sostener su sombrero con las manos. El viento tenía tal violencia, que casi se lo arrebató. Experimentaba una sensación muy rara y apenas podía respirar.

De pronto el aeroplano aterrizó.

—¡Pero si no hemos llegado todavía! — exclamó Ho. — ¿Qué ha sucedido?

—Hay que tener en cuenta que mi aeroplano no puede volar a grandes distancias — contestó Roberto. — Cada veinte metros, más o menos, hay que darle cuerda otra vez.

—¡Oh! — exclamó el gnomo — en tal caso no llegaremos a tiempo. ¿Qué haremos, amigos? — preguntó volviéndose a sus compañeros.



EL AEROPLANO VOLÓ POR ENCIMA DEL PUEBLO

Los tres celebraron una conversación en voz baja y luego Ho se volvió a Roberto y le dijo:

—Si quieres, podemos quitar la goma elástica para sustituirla con un poco de magia.

—¿Qué clase de magia será? — preguntó Roberto.

—La que le permita hacer un largo viaje hasta llegar adonde deseamos — contestó Ho.

—Bueno — dijo Roberto, entusiasmado. — Hacedlo. Preferiré que mi aeroplano vuele gracias a la magia que mediante una goma elástica.

Los tres gnomos quitaron la goma y la tiraron. Luego pasaron las manos por el aeroplano, pronunciando, al mismo tiempo, algunos conjuros. De pronto, y delante del sitio que ocupaba Roberto, apareció un pomo.

—¡Eso es! — gritó Ho, señalándolo. — Es el pomo mágico. Oprímelo, Roberto, y desea que el aeroplano vaya al jardín del Fantoche, en el Pueblo de los Juguetes.

Roberto lo hizo así y en el acto, el aeroplano se elevó por el aire y tomó el rumbo del Oeste. Continuó volando y produciendo un zumbido muy fuerte, cual si fuese un aparato verdadero, y no se detuvo un instante.

—Pronto llegaremos — dijo Ho. — Ya veo desde aquí la torre de la fortaleza de juguete.

Roberto miró a lo lejos y pudo ver la silueta de un pueblo. Luego, de repente, el aparato empezó a descender, describiendo círculos, para posarse, finalmente, en el césped de un jardín lleno de flores.

—¡Ya estamos! — dijo el primer gnomo apeándose. — ¡Qué casa tan rara tiene el Fantoche Salvaje!

En efecto, era muy rara. Estaba construída con bloques de madera y no tenía puerta alguna, sino, solamente, una ventana, y muy alta.

—Bueno, a no ser que se asome por la ventana, no nos verá — dijo uno de los gnomos. — ¿Qué haremos ahora?

—Ante todo, armaros—contestó Ho. — El fantoche, como sabéis, es mucho mayor que nosotros y si le da por luchar y nos coge desarmados, poca resistencia podremos oponer. Valdrá más que vayamos a la fortaleza de juguete a pedir prestadas unas espadas. Ven, Roberto.

Los cuatro dejaron el aeroplano en el jardín y se dirigieron a la fortaleza de juguete, que estaba cerca. Roberto se dijo que se parecía mucho a la fortaleza que él tenía en su casa, si bien era mayor. En el puente levadizo había un soldado de guardia y preguntó a los gnomos qué deseaban.

—¿Podrías prestarnos unas espadas y tres escudos? — preguntó Ho. — El Fantoche Salvaje ha capturado a mi hija Caralinda y vamos a rescatarla.

—Con mucho gusto — dijo el soldado, llamando con un gesto a un compañero.—Ve a buscar cuatro espadas y cuatro escudos—ordenó.

El segundo soldado echó a correr y pronto estuvo de

regreso con cuatro espadas de madera y otros tantos escudos redondos.

Roberto y los tres gnomos dieron las gracias y el niño estaba entusiasmado, porque aquello le parecía mucho mejor que jugar en casa a los soldados o a los pieles rojas.

Los gnomos y el niño regresaron a la casa del fantoche. La mayor parte de las viviendas del Pueblo de los Juguetes estaban construídas con ladrillos y piezas de las que hay en las cajas de construcción para niños, de piedra o de madera, pero también había algunas lindas casas de muñecas. Vieron una hermosa granja de juguete, rodeada de árboles de madera y provista de gran número de animales de la misma materia. En el pueblo no vieron a nadie, a excepción de algunos ositos de trapo y de una o dos muñecas.

Los cuatro guerreros se dirigieron a la fachada de la casa del Fantoche Salvaje y llamaron a la puerta, pero como no les contestase nadie, llamaron otra vez. Por último se abrió un ventanillo que había encima de la puerta y se asomó el fantoche.

¡Qué feo era! Parecía estar muy irritado, cuando preguntó a los gnomos qué querían.

—Bien lo sabes — replicó Ho, blandiendo su espada. — Deseamos que nos entregues a mi hija Caralinda.

—¡No me da la gana! — contestó el fantoche, riéndose desdeñosamente. — Dentro de una hora voy a casarme con ella.

Dicho esto se retiró y cerró con fuerza la ventana. Los tres gnomos conferenciaron, preguntándose qué harían. Ho volvió a golpear la puerta y trató de romperla, mas no le fué posible.

De pronto abrióse otra vez el ventanillo y el fanto-



EL FANTOCHE LES ARROJÓ UN CUBO DE AGUA FRÍA

che arrojó un cubo de agua fría sobre sus cuatro enemigos. Quedaron calados y el fantoche, al verlo, se rió y cerró otra vez la ventana.

—¡Sinvergüenza! — exclamó Ho secándose el agua que había empapado su traje. — ¿Qué haremos ahora?

—He visto una escalera de mármol muy larga, apoyada en el pajar de la granja de juguete — dijo Roberto. — ¿No podríamos ir a buscarla y subir así hasta la ventana?

—¡Buena idea! — replicaron los tres gnomos.

Se dirigieron hacia la granja de juguete y pidieron a su dueño que les prestase la escalera. Una vez la tuvieron en su poder, la llevaron entre todos hasta la casa del fantoche.

—La pondremos en la parte de atrás — dijo Ho. —



HO SUBIÓ POR LA ESCALERA EMPUÑANDO LA ESPADA

Convendría penetrar por el ventanillo que hay en aquel lado y así el fantoche no nos vería.

Apoyaron la escalera en la pared y vieron que, por suerte, llegaba hasta el ventanillo. Delante subió Ho, con la espada desenvainada. Abrió la ventana, miró al interior de la estancia y en vista de que no había nadie, llamó a sus compañeros, que, a su vez, subieron de uno a uno. Por último se vieron en el interior de la casa.

Ho, de puntillas, se dirigió a la puerta de la habitación y, después de prestar oído unos momentos, dijo en voz baja:

—Hemos llegado a tiempo. El Fantoche Salvaje se dispone a casarse con Caralinda.

Los cuatro se dirigieron a otra estancia, donde podían oír voces. Luego, de repente, abrieron la puerta de par en par y penetraron en la habitación. El fantoche, asustado, se puso en pie de un salto y Roberto pudo ver que, tras él se hallaba una lindísima jovencita que, al parecer, estaba muy asustada.

—¡A él!—gritó Ho.

Los gnomos y Roberto se arrojaron contra el Fantoche Salvaje, empuñando sus espadas de madera. Con ellas le dieron una verdadera paliza, a pesar de la resistencia que él opuso y de su deseo de arrojar a los gnomos por la ventana. Mas nada pudo contra sus cuatro enemigos.

Estaba ya a punto de rendirse, cuando oyó una llamada a la puerta principal de la casa y entonces profirió un grito de alegría.

—¡Ah! Aquí llegan mis amigos fantoches, para asistir a mi boda — exclamó. — Ya veremos ahora quién gana.

Salió de la estancia y, corriendo, bajó la escalera para abrir la puerta.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! — dijo Roberto, tomando a Caralinda de la mano para llevarla a la habitación de la parte posterior de la casa. — ¡Aprisa! Cerrad la puerta de este cuarto. Así tendremos tiempo de bajar por la escalera y montar en el aeroplano antes de que el fantoche se dé cuenta de lo ocurrido. Él ignora que tenemos una escalera.

Los gnomos siguieron sus instrucciones. De modo que cuando el fantoche vió que sus enemigos se habían encerrado en la habitación posterior de la casa, se echó a reír, figurándose que ellos mismos se habían metido en una trampa. Empezó a amenazarlos y luego golpeó la puerta, ordenando que le abriesen. Y en vista de que no le contestaban, hizo un poderoso esfuerzo y logró abrir. Entonces pudo convencerse de que en la habitación no había nadie.

Mientras tanto, Roberto, los tres gnomos y Caralinda habían subido al aeroplano y el niño se apresuró a oprimir el botón mágico, expresando, al mismo tiem-



LOS CUATRO ATACARON AL FANTOCHE

po, su deseo acerca de la dirección que quería seguir. Pero, en aquel instante, salían los fantoches de la casa y el dueño de ella, rabioso al descubrir el aeroplano, echó a correr como un loco y consiguió agarrarse a una de las ruedas del aparato, cuando éste empezaba a elevarse. El aparato se ladeó y estuvo a punto de caer, pero Roberto consiguió mantenerlo en el aire. El Fantoche, en vista de que no conseguía hacerlo volver al suelo, se soltó al fin y entonces el aeroplano, libre ya de su peso, se alejó rápidamente.

Roberto dirigió el aparato hacia el mismo lugar de que había partido y al poco rato llegaron allí y aterrizaron. Todos echaron pie a tierra. Ho estrechó las manos del niño, dándole las gracias por su valioso auxilio y manifestándole que estaban a su disposición para cuanto pudiera desear de ellos, pero Roberto le contestó que,

en realidad, él era el deudor, puesto que le habían convertido el aeroplano de juguete en mágico.

Entonces Ho dió al niño un caramelo, recomendándole que lo chupase lentamente, para recobrar su estatura y luego se despidieron.

El niño se puso el caramelo en la boca y, en efecto, se sintió crecer poco a poco. En cuanto hubo recobrado su propia corpulencia, oprimió el botón mágico del aeroplano, deseando que se encaminara a su casa. Y no hay que decir cuál fué el asombro de los padres y de los amigos del niño al darse cuenta de las maravillosas propiedades del aeroplano.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Un soberbio regalo

CUENTOS DE HADAS

Una extraordinaria colección, especialmente dedicada a los niños, conteniendo la más hermosa selección de las mejores narraciones de este género, de cada país.

Los hermosos tomos encuadrados, de gran formato, impresos con caracteres notables, de fácil lectura, e ilustrados por grandes dibujantes.

Publicados

CUENTOS DE HADAS
JAPONESES

CUENTOS DE HADAS
INGLESES

CUENTOS DE HADAS
DE ANDERSEN

CUENTOS DE HADAS
DE GRIMM

CUENTOS DE HADAS
DE LA INDIA



Precio de cada tomo:
\$ 2.30

ARGENTINA 245

BARCELONA



GOROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES

AVENTURAS DE GUILLERMO



RICHMAL CROMPTON, el autor de estas amenas narraciones, ha visto coronado su ingenio por el éxito más rotundo. Veintidós ediciones lleva publicadas de algunos de sus célebres libros de GUILLERMO, el más travieso, perspicaz y malicioso chiquillo de nuestros tiempos. Sus disparatadas y graciosísimas aventuras entusiasman a los pequeños, llenan de dulces añoranzas a los mayores y divierten mucho a todos los que las leen.

Publicados

GUILLERMO, EL PROSCRITO

GUILLERMO, EL INCOMPRENDIDO

En preparación:

GUILLERMO, EL GENIAL

Precio de cada volumen, en cartóné \$ 1.50

Venta en librerías y kioscos. Si no las encuentran en su localidad, puede pedir las acompañando su importe en estampillas o giros postales.

LOS ENVÍOS SON LIBRES DE PORTE

URGEL 245

BARCELONA



COROSTIAGA 1650

BUENOS AIRES